INTELIGENCIA ARTIFICIAL

La nueva memoria de la especie



ANDRÉS G. SEGUEL
FRANCISCO TIRADO
[EDITORES]

ESPECULATORIO
TECNOCIENCIAS · BIOMATERIALES

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

RiL editores

Inteligencia artificial:
la nueva memoria de la especie

Andrés G. Seguel
Francisco Tirado
[editores]

Inteligencia artificial: la nueva memoria de la especie

ESPECULATORIO
TECNOCIENCIAS • BIOMATERIALES

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

RiL editores

338.064 Seguel G., Andrés
S Inteligencia artificial: la nueva memoria de la especie / Andrés G. Seguel, Francisco Tirado, editores. – – Santiago : RIL editores, 2026.

236 p. ; 23 cm.
ISBN: 978-956-01-1810-3

1 inteligencia artificial-aspectos sociales. 2 automatización-aspectos sociales. 3 filosofía de la inteligencia artificial

Este libro contó con la aprobación del Comité Editorial y fue sometido al sistema de referato externo, ciego y por pares.

Inteligencia artificial:
la nueva memoria de la especie
Primera edición: junio de 2026

© Andrés G. Seguel, Francisco Tirado, eds., 2026

© RIL® editores, 2026

Sede Santiago:
Los Leones 2258
cp 7511055 Providencia
Santiago de Chile
(56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Sede Valparaíso:
Cochrane 639, of. 92
cp 2361801 Valparaíso
(56) 32 274 6203
valparaiso@rileditores.com

Sede España:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Ilustración de portada: Diego Valdés

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1810-3

Derechos reservados.

Índice

Introducción: hacia la retención de cuarto nivel, hacia la mutación de la especie
Andrés G. Seguel y Francisco Tirado 9

La singularidad perdida: cómo las tendencias sesgadas de la IA están reconfigurando los cerebros del futuro
Carlos Guerrero Mosquera 15

Abriendo la caja negra de la inteligencia artificial: hacia un modelo para abolir la enajenación de las máquinas
Diego Ignacio Rivera Lisboa y Dusan Kotoras Straub 41

Máquinas afectivas y el nuevo régimen de lo sensible
Diego González-García, Melisa Martín, Pablo Pérez Cedrés, María Florencia Freiria y María Noel Apud 69

Las *smart cities* como dispositivo prospéctico. Nuevas formas de control y justicia en las ciudades del siglo XXI
Joan Rovira Martorell y José Luis Blasco Ejarque 95

Inteligencia artificial y neuropoder: de la desproletarización a la adopción de la memoria
Sergi Parellada y Enrique Baleriola 119

El territorio existencial de la inteligencia artificial. La cuestión del poder, el problema del sujeto
Francisco Tirado y Juan Pablo Duque 147

¿Ciencia aumentada, científicos disminuidos?: lo que nos enseña un laboratorio social con enfoque en inteligencia artificial
Bárbara Magalhães de Aguiar Oliveira 177

Inteligencia artificial y opacidad epistémica: desafíos para la memoria social de las catástrofes en América Latina
Andrés G. Seguel 203

Acerca de los autores 227

Introducción: hacia la retención de cuarto nivel, hacia la mutación de la especie

Andrés G. Seguel
Francisco Tirado

Este libro parte de una sospecha simple y, a la vez, radical: la inteligencia artificial no puede comprenderse solo como un nuevo instrumento ni como un paquete de innovaciones que «mejoran» tareas. Lo que está en juego es otra cosa, más incómoda y decisiva: qué tipo de humanidad se potencia con la IA y hacia qué mutación de la especie empuja su despliegue. La pregunta no busca alimentar profecías sobre una superinteligencia venidera ni detenerse en el catálogo de dilemas éticos ya conocidos; apunta, más bien, a la zona donde la técnica toca el magma de la conciencia: la memoria, sus soportesa, sus ritmos y el sustento que configura lo sensible, lo social y lo pensable.

El horizonte conceptual que orienta este volumen se reconoce en la obra de Bernard Stiegler y en el linaje que lo acompaña (Heidegger, Simondon, Leroi-Gourhan): la tesis de que lo humano no se añade a la técnica, sino que conace con ella. Somos seres de prótesis; nuestra historia es la historia de una exteriorización continua

de capacidades, una exosomatización que desplaza hacia soportes inorgánicos funciones que solemos creer «internas»: el recuerdo, el lenguaje, la transmisión cultural, incluso formas de atención y de deseo. Stiegler tradujo esa copertenencia en una teoría de las retenciones: la retención primaria (la captación inmediata de lo percibido), la secundaria (la rememoración) y la terciaria (los soportes técnicos y culturales donde la memoria se deposita y se prolonga: escritura, imagen, archivo, registro). La lección decisiva es que la retención terciaria no es un simple depósito neutral; una vez instituida, reordena lo que percibimos y cómo recordamos, orienta el pensamiento, modula la experiencia y organiza lo colectivo.

Comprendida así, la tecnología consistiría en afirmar que es materia inorgánica organizada por el ser humano y que contiene memoria, es decir, que es la continuación de la vida por otros medios que la vida. En este punto se puede plantear que la tecnología es condición de posibilidad de lo humano.

Stiegler defendió la existencia de un proceso permanente de exosomatización como característica esencial del desarrollo de las sociedades humanas. Estas se vinculan directamente con la aparición de una tercera memoria que denomina «epifilogenética». Junto a la memoria genética y la individual o propia del sistema nervioso (epigenética), esta última es externa al organismo vivo y opera como soporte para las organizaciones sociales. A través de ella se exteriorizan contenidos psíquicos y mentales que se prolongan gracias a la creación de instituciones sociales.

A este hecho no es ajeno nuestro presente. La era digital hiperindustrial está dominada por tecnologías que presentan la mencionada doble faz. Los sistemas algorítmicos, las plataformas digitales, etc., nacieron como dispositivos con enormes posibilidades educativas y democratizadoras. No obstante, con enorme celeridad fueron capturados por un sistema industrial de explotación de datos personales y *marketing* dirigido que ha dado lugar a nuevas relaciones de control social y poder. En su opinión, esta suerte de tecnocapitalismo reciente

supone la aparición de nuevas formas de proletarización[1] en las que el sujeto es bombardeado con estímulos inmediatos que capturan sus impulsos y le dan forma casi en tiempo real sin permitir que este realice una elaboración simbólica de su propio deseo.

Hoy, en el umbral avanzado del siglo XXI, ese proceso de exteriorización entra en una fase nueva. No solo acumulamos información a escala inédita, la procesamos a velocidades y con procedimientos que exceden las capacidades de la conciencia individual. Y, más aún, delegamos en sistemas algorítmicos tareas que afectan a otras tecnologías y a seres humanos: selección, recomendación, predicción, síntesis, decisión, generación. En este punto, el archivo deja de ser inerte, se vuelve operativo.

Este libro retoma esa idea de retenciones de cuarto nivel, un estadio en el cual la memoria exteriorizada no solo conserva y transmite, sino que actúa, interviene, anticipa. La memoria de la especie, por decirlo así, adquiere una dimensión muy activa. Stiegler señala que el consumismo tecno-industrial genera una desvinculación entre impulsos y deseo que produce una atrofia de la vida psíquica y cultural. La comodidad que supone operar con la información, impulsos e *inputs* que recibimos en todas partes y desde todos los lugares no permite la apropiación y elaboración de saberes y puesta en marcha de prácticas ajenas a este capitalismo.

Como señala Hayles (2024), la muerte de Stiegler no le permitió asistir al nacimiento de retenciones de cuarto nivel que toman decisiones que afectan a otras tecnologías y a seres humanos, es decir, que presentan «de jure» y «de facto» agencia. Hansen (2015), por ejemplo, en esa línea, ha postulado que los sistemas de inteligencia

[1] Bernard Stiegler no acepta la definición clásica que ofrece el marxismo de proletarización. Recordemos que en esta doctrina el proletariado surge como resultado de la expropiación de los medios de producción. No obstante, Bernard Stiegler aborda esta noción desde la teoría de la individuación de Simondon y plantea la proletarización como pérdida de saber-hacer (*savoir-faire*). Cuando el trabajador ya no necesita (ni puede) dominar un saber artesanal o técnico porque las máquinas lo sustituyen, se produce una «desposesión de saber». Stiegler planteó que existe una triple proletarización: a) del saber-hacer (trabajo manual sustituido por máquinas); b) del saber-vivir(formas de vida colonizadas por la industria cultural); y c) del saber-teórico (pensamiento sustituido por sistemas automatizados de cálculo y algoritmos) (Stiegler, 2016).

artificial son capaces de generar «medios atmosféricos» con la capacidad de influir en acciónenos, comportamientos, afectos y actitudes antes, incluso, de que la consciencia humana, con su asimilación lenta y su limitada capacidad de procesamiento pueda evaluar el impacto. A esta situación en la que nuestra memoria se ha externalizado en sistemas que son capaces de tomar decisiones, de sintetizar, predecir y generar, y, por tanto, incidir o transformar tanto el contenido como la fuente de esa memoria, la denominamos «retenciones de cuarto nivel».

En esta transición, la IA aparece como un «hipocampo polimorfo» de la humanidad, una memoria colectiva estratificada. Primero, como archivo total con la capacidad de almacenar, a costos marginales, huellas culturales, científicas y personales en infraestructuras masivas. Segundo, como memoria procesual con sistemas que no recuerdan hechos, sino patrones; aprenden gramáticas de acción, estilos, competencias, formas de ordenar el mundo. Y tercero, como memoria inferencial y generativa, con una potencia que extrapola, simula, propone, escribe, diseña, recombina y abre futuros posibles con coherencia estadística respecto del pasado. En ese tercer estrato, la memoria deja de ser espejo y se convierte en motor de imaginación basada en datos. La pregunta se vuelve inevitable: ¿qué ocurre con la conciencia humana cuando su entorno técnico no solo conserva el mundo, sino que lo prefigura?

El libro navega esa ambivalencia sin sedantes. La técnica, recordaba Stiegler, refiere al concepto de *pharmakon*: es simultáneamente veneno y remedio. Del lado de la promesa, la IA puede acelerar diagnósticos, ampliar accesos al conocimiento, preservar lenguas, potenciar investigación y abrir capacidades de interpretación que antes parecían imposibles. Del lado de la sombra puede consolidar burocracias automáticas, oligopolios del saber, sistemas de control de nueva especie y formas de proletarización psíquica donde impulsos y estímulos moldean conductas «en tiempo real», debilitando la elaboración simbólica del deseo. La mutación no es solo tecnológica, también es existencial, porque afecta las condiciones mismas de individuación, memoria y vínculo.

Por todo lo anterior, el título de este libro es deliberadamente ambiguo. La IA es nuestra memoria, en el sentido de que contiene y procesa nuestro legado. Pero también es para nuestra especie un destino activo sobre el que conviene reflexionar, en un sentido inquietante: podríamos estar ante una memoria con la capacidad de establecer el conjunto de sus prioridades, no se trata de un archivo mejor y más perfecto. Nace una facultad cognitiva colectiva que redefine lo que significa *ser humano* en un mundo donde el pasado, el presente y el futuro posible se entrelazan en el circuito silencioso de un algoritmo. Este libro navega esas aguas turbulentas con la conciencia de que estamos, colectivamente, realizando el acto más trascendental de externalización desde la invención del lenguaje. Lo cierto es que no se trata de discutir si la IA será la nueva memoria de la especie. Ya lo es. Las preguntas urgentes son ¿qué historia queremos que ayude a recordar?, ¿qué futuro queremos que ayude a crear? y ¿qué relaciones de poder deseamos potenciar o soslayar?

Los capítulos reunidos aquí abordan esa mutación: un primer eje piensa la IA como dispositivo de gobierno y control, capaz de ordenar la vida urbana, anticipar comportamientos y redefinir la justicia en clave predictiva, mientras instala opacidades y sesgos que desplazan la deliberación pública. Otro conjunto explora la emergencia de un neuropoder: un gobierno de la subjetividad que opera en capas preconscientes, modulando atención, hábitos y afectos, y que obliga a reabrir la pregunta por la desproletarización posible: ¿podemos adoptar críticamente estas retenciones para ampliar la individuación, en vez de reducirla a consumo automatizado?

Un segundo eje concibe la IA como ecología sociotécnica abierta. Aquí la «caja negra» no es solo un problema técnico, sino político y cultural: la apariencia de autonomía oculta infraestructuras materiales, trabajo humano distribuido, energía, minerales, centros de datos, así como decisiones históricas sobre qué se mide, qué se optimiza y a quién beneficia. Abrir la caja negra es, entonces, deshacer una enajenación: volver visible la tecnicidad real para disputar su dirección.

Un tercer eje se interna en el territorio de lo sensible. Las llamadas *máquinas afectivas* no importan únicamente por si «sienten» o no, sino por lo que hacen: traducen emociones en datos, clasifican estados, simulan empatías y con ello instauran un nuevo régimen de lo sensible, reorganizando la percepción, el vínculo y la gobernabilidad a través de interfaces que operan sobre la vida afectiva. Junto a esto, aparece la dimensión cultural del problema: la posible pérdida de singularidad humana bajo entornos algorítmicos que modelan aprendizaje social, atención y experiencia del mundo.

Finalmente, el volumen aborda cómo la IA reconfigura el conocimiento y la memoria social, en la investigación social donde humanos y algoritmos comparten agencia y se transforman criterios de validez, métodos y roles; y en la gestión pública, donde modelos predictivos pueden producir opacidad epistémica, despolitizar decisiones y sustituir saberes situados por abstracciones tecnocráticas. En todos los casos, el hilo conductor no es «la IA» como objeto aislado, sino la IA como nuevo régimen de retención, es decir, una forma de memoria exteriorizada con capacidad de intervenir en aquello mismo que recuerda.

La IA es nuestra memoria porque contiene y procesa nuestro legado, pero también es memoria «para» la especie, es un destino técnico que puede intensificar capacidades o clausurar mundos. Asistimos al nacimiento de una facultad cognitiva colectiva que reordena el vínculo entre pasado, presente y futuros posibles en el circuito silencioso de algoritmos. La pregunta urgente ya no es si la IA será o no la memoria de la especie: ya lo es. Las preguntas son otras, más políticas y más íntimas: ¿qué queremos que recuerde?, ¿qué queremos que nos haga olvidar? y ¿qué futuros queremos que ayude a imaginar?

La singularidad perdida: cómo las tendencias sesgadas de la IA están reconfigurando los cerebros del futuro

Carlos Guerrero Mosquera

1. Introducción

1.1. Singularidad, ¿promesa o paradoja?

El concepto de singularidad tecnológica surgió a mediados del siglo XX con los escritos del matemático e informático John von Neumann y fue posteriormente popularizado por futuristas como Ray Kurzweil (Kurzweil, 2005). Ese momento crítico fue marcado por los científicos como el «punto de no retorno», donde en un futuro las máquinas podrían igualar y superar las capacidades cognitivas humanas (Randieri, 2025).

Esta promesa no carecía de fundamentos. El desarrollo de microprocesadores cada vez más potentes, la creación de nuevas estructuras de datos, algoritmos matemáticos y la disponibilidad de grandes cantidades de información han contribuido a la proliferación

de aplicaciones digitales en los teléfonos móviles, que junto con el uso de la inteligencia artificial (IA) en las redes sociales, está convergiendo para transformar nuestras sociedades, marcando el inicio de lo que muchos llaman una «nueva revolución industrial» (Schwab, 2017). La singularidad, al menos en su dimensión tecnológica, parecía acercarse inexorablemente.

Sin embargo, la pregunta que rara vez se formuló durante estas décadas de optimismo tecnológico fue qué ocurriría con la cognición humana mientras las máquinas avanzaban. La atención se concentró en lo que la IA podría hacer por nosotros, no en lo que podría estar haciéndonos. Se asumió implícitamente que el ser humano permanecería constante, un beneficiario pasivo del progreso tecnológico, mientras las capacidades de las máquinas crecían. Esta suposición, como veremos, resulta cada vez más difícil de sostener.

1.2. La singularidad perdida

La inteligencia artificial efectivamente se ha integrado en nuestra vida cotidiana de formas que habrían parecido ciencia ficción hace apenas veinte años. Llevamos en nuestros bolsillos dispositivos más potentes que los ordenadores que llevaron al ser humano a la Luna, y algoritmos sofisticados median gran parte de nuestras interacciones sociales, decisiones de consumo y acceso a la información. La tecnología prometida ha llegado, pero sus efectos no se corresponden exactamente con la visión utópica que la precedió.

Lo que emerge de esta integración masiva no es la fusión trascendente que imaginaron los pioneros. Incluir en el título de este capítulo «La singularidad perdida», surge como un desafío radical a esa noción convencional de una fusión armoniosa entre la inteligencia humana-biológica y la inteligencia artificial. Las interacciones constantes de los nativos digitales con plataformas algorítmicas revelan una dinámica diferente que lejos de facilitar una integración equilibrada, está transformando las arquitecturas neuronales biológicas.

Desde esta perspectiva, la tan anticipada singularidad tecnológica pierde su sentido original. La verdadera integración requeriría reconocer y preservar la singularidad única de la inteligencia humana en lugar de enfrentarnos a una disminución progresiva de la cognición humana, cada vez más modelada y dependiente de los sistemas que hemos creado.

Desde esta base, es urgente profundizar y desentrañar esta relación para desarrollar estrategias que permitan aprovechar estas herramientas digitales sin comprometer nuestra salud cognitiva, especialmente en las mentes en desarrollo y en los adolescentes (Madigan *et al.*, 2019), quienes son los que han nacido y crecido en esta nueva realidad (Dereje, L. *et al.*, 2024).

1.3. La IA como transformador de la sociedad y de la cognición

Antes de avanzar, resulta imprescindible delimitar con precisión el objeto de análisis de este capítulo. Cuando hablamos de inteligencia artificial, no nos referimos a la IA en abstracto ni a todas sus manifestaciones posibles. La IA abarca un espectro amplio de tecnologías que incluye desde sistemas de diagnóstico médico y vehículos autónomos hasta asistentes virtuales y herramientas de productividad. Cada una de estas aplicaciones establece relaciones distintas con la cognición humana y sería un error metodológico tratarlas como un fenómeno homogéneo.

Este capítulo se centra en un entramado sociotécnico específico: la convergencia entre los algoritmos de IA desplegados en plataformas de redes sociales y su interacción continua con los procesos cognitivos humanos. Nos referimos particularmente a los sistemas de recomendación algorítmica, los modelos de aprendizaje automático que personalizan contenidos, y más recientemente, las aplicaciones de IA generativa (GenAI) integradas en estas plataformas. Estos sistemas comparten una característica fundamental: están diseñados para maximizar métricas de interacción (tiempo de permanencia,

clics, comparticiones) mediante la predicción y modelado del comportamiento del usuario.

Las redes sociales constituyen el punto de contacto más frecuente e intensivo entre la IA y la población general. A diferencia de otras aplicaciones donde la interacción es esporádica o mediada por profesionales, las plataformas sociales establecen un vínculo directo, continuo y a menudo inadvertido con miles de millones de usuarios. Un usuario promedio interactúa con estos algoritmos durante más de dos horas diarias, recibiendo aproximadamente sesenta y tres notificaciones que fragmentan su atención (Asfour, 2024; Data Reportal, 2025). Esta exposición sostenida, que comienza cada vez a edades más tempranas, constituye un fenómeno sin precedentes.

Por tanto, no estamos formulando una crítica general a la inteligencia artificial ni negando su potencial transformador. Nuestra tesis se circunscribe a cómo la arquitectura específica de las redes sociales impulsadas por IA, con sus incentivos comerciales y sus mecanismos de captura atencional, está reconfigurando las capacidades cognitivas de quienes interactúan cotidianamente con ellas. La erosión cognitiva que describimos no es un efecto intrínseco de la IA, sino una reverberación del arreglo particular en el que esta tecnología se despliega.

Al situar nuestro análisis en la intersección específica entre IA, redes sociales y cognición, evitamos tanto el determinismo tecnológico como el reduccionismo. Lo que observamos es el resultado de decisiones específicas de diseño, modelos de negocio particulares y marcos regulatorios insuficientes, todos ellos susceptibles de ser revisados y transformados.

1.4. El concepto de contenido PRIME y el negocio de la distracción

Para comprender cómo las redes sociales impulsadas por IA afectan nuestra cognición, es necesario introducir dos conceptos fundamentales que vertebran este análisis: el contenido PRIME y la economía de la atención.

En un mundo saturado de información, la atención se ha convertido en el recurso más codiciado. Herbert Simon anticipó esta dinámica hace más de cinco décadas: cuando la información es abundante, la atención se convierte en el factor limitante (Simon, 1971). Este principio ha dado origen a la «economía de la atención», un mercado donde la atención se compra, vende e intercambia como principal moneda de valor. Con una proyección de gasto global en publicidad digital de 520.000 millones de dólares (Statista, 2025), las empresas han desarrollado estrategias sofisticadas para captar y monetizar nuestra atención mediante funciones como desplazamiento infinito, reproducción automática y algoritmos personalizados (Asfour, 2024).

Desde una perspectiva evolutiva, nuestros sistemas atencionales desarrollaron la capacidad de filtrar información irrelevante (Broadbent, 1958). Sin embargo, las plataformas operan en dirección contraria, bombardeándonos con estímulos diseñados para captar nuestra atención involuntaria, socavando la capacidad de enfoque consciente (Kärky, 2024). Esta dinámica genera una «espiral de escasez de atención» que contribuye a la desinformación, problemas de salud mental y dependencia tecnológica (Hendriks y Schaap, 2023).

¿Qué contenido maximiza esta captura atencional? Los algoritmos amplifican información que denominamos «PRIME»: *prestigiosa*, aprovechando nuestra predisposición a aprender de figuras reconocidas como *influencers* (Henrich, 2016); *intragrupal*, fragmentando comunidades con narrativas de «nosotros contra ellos» (Bail, 2021); *moral*, aumentando interacciones hasta un 20 % con lenguaje moral-emocional (Brady *et al*., 2017); y *emocional*, desencadenando respuestas viscerales como documentaron Vukovic *et al*. (2022) durante la pandemia. La actualización del algoritmo de Facebook en 2018, que priorizó «interacciones significativas», terminó favoreciendo publicaciones emocionalmente provocativas (Hagey y Horwitz, 2021).

Estos elementos PRIME son amplificados por la naturaleza del aprendizaje social humano, optimizado durante milenios para aprender de personas específicas en contextos particulares (Brady *et al*.,

2023; Bak-Coleman *et al.*, 2021), y que ahora es instrumentalizado por plataformas impulsadas por IA para monetizar la atención y distorsionar nuestra cognición (Orlowski, 2020).

2. Las redes socIAles y el nuevo entorno de aprendizaje social

2.1. La llegada de la IA Generativa (GenAI)

Esta nueva visión está siendo empujada con el salto del aprendizaje, máquina tradicional a los grandes modelos de lenguaje (Vaswani *et al.*, 2023), que ha dado paso a la inteligencia artificial generativa (GenAI) capaz de generar textos, audio, imágenes y videos. Además, la reducción de costes de implementación de la GenAI (DeepSeek, 2025) la ha convertido en una tecnología con el potencial de revolucionar los procesos de creación y prestación de servicios. Según informes de McKinsey & Company (McKinsey Global Institute, 2017), más de un tercio de las organizaciones ya utilizan la IA en al menos una función empresarial, mientras que muchas otras la han incorporado en sus discusiones estratégicas.

La evolución se dirige hacia una nueva tecnología denominada «agentes GenAI», que pueden tomar decisiones independientes y que impactará directamente a una fuerza laboral obligada a desarrollar nuevas habilidades para adaptarse a un escenario de colaboración más estrecha con estas máquinas, de esta forma será más productivo y estará dentro del mercado laboral (McKinsey Global Institute, 2023).

Por lo tanto, el impacto de la IA no solo redefinirá la eficiencia, creatividad, innovación y productividad tal como la conocemos, sino que también se perfilará como una fuerza clave en la economía del futuro. Si bien las máquinas ya están entrenadas para ejecutar tareas repetitivas, los recientes avances han ampliado su capacidad para abordar procesos lógicos y cognitivos propios de los humanos como el aprendizaje, el razonamiento, la resolución de problemas y la interacción con el entorno (Marr, 2024).

Desde el punto de vista social, estos avances también están teniendo un impacto profundo tanto en la cognición humana como en la estructura de las sociedades. Desde los motores de recomendación personalizados hasta sofisticadas herramientas de apoyo a la toma de decisiones, la IA está transformando la manera en que accedemos, procesamos y retenemos información, impactando en nuestras capacidades cognitivas (Tegmark, 2017), y al mismo tiempo redefiniendo nuestras estructuras sociales (Allcott y Gentzkow, 2017; Chu-ke y Dong, 2024).

2.2. La simbiosis IA-redes sociales

El crecimiento simbiótico de la IA y las redes sociales ha redefinido la interacción digital. Los primeros sistemas basados en reglas (década del 2000) permitieron a las plataformas pasar de directorios estáticos a ecosistemas dinámicos: el «feed» impulsado por Facebook aumentó la retención de usuarios en un 34 % en los dos años posteriores a su implementación. La página Explorar impulsada por IA de Instagram impulsó el descubrimiento de contenido en un 400 % después de la adquisición en 2012, mientras que el algoritmo de TikTok convirtió clips de quince segundos en fenómenos culturales al decodificar microtendencias en patrones audiovisuales.

El surgimiento de la multimodalidad (capacidad de procesar imágenes, texto, audio y video) transformó a los usuarios pasivos en creadores activos. La autonomía que proporciona la GenAI actual (década de 2020) difuminó las líneas entre la creatividad humana y la de las máquinas. Un 47 % del contenido de marca de TikTok ahora se origina en herramientas de IA como Symphony, que redujo los costos de producción de videos B2B en un 60 % y triplicó la participación. Un reporte técnico mostró que los usuarios pasan un promedio de dos horas y veintiún minutos diarios, interactuando con seis a ocho plataformas al mes (TikTok, YouTube, Facebook, Instagram, WhatsApp, Line, X, Telegram, entre otras) (Data Reportal, 2025). Sin embargo, toda esta creación de contenido plantea desafíos éticos como la difícil detección de contenidos

falsos en imágenes, audios y videos (*deepfakes*) y efectos negativos como la adicción.

2.3. Cómo los algoritmos de IA median las relaciones sociales

Las relaciones sociales se definen como conexiones dinámicas entre individuos o grupos que dan forma a la estructura social. Esto cubre desde breves interacciones hasta vínculos más profundos y duraderos, que son definidos por la reciprocidad, la comprensión compartida, la conexión emocional y los patrones o formas de interacción (Gane, 2005).

Estas conexiones están determinadas por factores externos que influyen en su construcción. Por ejemplo, la cultura establece normas y valores que guían estas interacciones, mientras que la socialización nos ayuda a internalizar las expectativas. Un factor que siempre ha afectado estas relaciones ha sido la tecnología. Desde la escritura hasta las redes sociales, su impacto siempre ha reconfigurado continuamente las conexiones. Otro factor importante está relacionado a la parte económica como la clase y la riqueza, creando oportunidades y divisiones. Además, la dinámica de poder también determina la influencia dentro de las relaciones, y también las características personales como la edad, el género y la personalidad, que influyen en la forma en que se forman los vínculos. Por último y no menos importante, el contexto, ya sea en el lugar de trabajo, el hogar o los entornos sociales, afecta la naturaleza de las interacciones, lo que configura aún más el tejido social (Schwab, 2017).

A medida que avanza la inteligencia generativa, surgen preocupaciones sobre la posibilidad de que estas plataformas reduzcan la individualidad, fomenten la dependencia de los algoritmos en lugar de la intuición humana y nos lleven potencialmente a la deshumanización debido a la disminución de la interacción cara a cara. Además, una mayor dependencia a estas redes socIAles puede paradójicamente debilitar las habilidades sociales y la empatía. Diversos estudios indican una creciente adicción relacionada con un aumento en los niveles de depresión y ansiedad (Hilman, 2024;